



Pantera y pitón

— ¡Mira! —susurró Jasper, y giré la cabeza.

— ¡Guau! ¡Qué bien! —exclamé, sorprendido y encantado.

Últimamente Noemi, nuestra chica pantera, cada vez se dejaba ver más en su forma humana. Sin embargo, aquel miércoles por la mañana fue la primera vez que se atrevió a mostrarse así desde el desayuno. Jasper y yo no éramos los únicos que mirábamos a esa joven de largos rizos negros y llamativos ojos verdes.

Noah levantó el pulgar hacia arriba, y Daisy, la última alumna en incorporarse a la escuela, hasta osó aplaudir a su paso. A la pobre no le resultaba nada fácil avanzar con su silla de ruedas en medio del agua que le llegaba hasta las rodillas, pero jamás se quejaba. Noemi se acercó a la comida y olisqueó todos los platos del bufé con escepticismo, lo cual resultaba cuanto menos extraño en una humana.

—¿Dónde está la carne cruda? —preguntó, incapaz de disimular su decepción—. Joshua siempre me saca un filete.

—Pero ¿no dijiste que querías acostumbrarte a la comida de las personas? —le cuestionó Shari, mi chica delfín, que pasaba a su lado para servirse cangrejos—. Te habrá oído... ¡Ánimate a probar las tortitas! ¡Están marítimas, ya lo verás!

«¿Están saladitas?», preguntó Nox, que nadaba cerca en su forma de pez loro. No pude evitar sonreír. Noemi echó un vis-

tazo a las tortitas, arrugó la nariz y se volvió rápidamente hacia las salchichas. Sacó dos tenedores, los agarró a modo de arpón y consiguió pinchar cuatro al mismo tiempo.

—En mi época de mascota, ¿sabéis lo que hacía cuando Bob no me daba mi comida favorita?

—No. ¡Sorpréndenos! ¿Qué hacías? —Shari lanzó una mirada repleta de interés.

—¡Le meaba la alfombra del salón! —espetó Noemi, muy satisfecha—. Y cuando no me dejaba entrar en casa, hacía pis en la terraza.

Me eché a reír.

—¿Y pillaba la indirecta? —pregunté entre carcajadas.

—La mayoría de las veces sí —afirmó nuestra amiga pantera, y se hizo con las cuatro últimas salchichas que quedaban en la bandeja—. Y si no, volvía a hacerlo.

—¡Eh, tú! Pero ¿qué haces? —protestó el alto y delgaducho Barry, que estaba detrás de ella en la cola del bufé—. ¡Yo también quería, glotona!

—Ya sabes... Comer, o ser comido —le espetó Noemi con toda la tranquilidad del mundo. Estábamos repasando la cadena alimentaria.

Barry, que en su segunda forma era una barracuda, pero ni aun así era rival para una pantera, palideció y se marchó sin decir nada. Como mucho yo, en mi forma de tiburón tigre, podría derrotarla.

Los rostros de los amigos de Barry, sentados juntos en el bote verde y blanco, también se ensombrecieron. Por su parte, Ella Lennox tecleaba furiosa en su móvil sin esfuerzo alguno, pues no estaba en su segunda forma de pitón, sino en la de chica de cabello rubio cuidadosamente peinado,

con su nariz grande y sus llamativos ojos verdes como los de Noemi.

Al verla, no pude evitar tensarme. ¿Estaría pensando en llamar a su madre, la desagradable y peligrosísima abogada Lydia Lennox, para que acabara con Noemi? Unos cuantos alumnos más se mostraron igualmente alarmados. Incluso la señorita White se había dado cuenta de que algo pasaba y se acercó a nosotros con mirada severa. Pese a ello, todos estábamos convencidos de que no lograría llegar a tiempo para impedir lo que fuera que Ella estuviera haciendo. Apenas unos segundos después nos dimos cuenta de lo que tramaba. Ella giró triunfalmente su móvil y se lo mostró a Noemi.

—¡Qué retorcida! —exclamó Jasper con una marcada mueca—. ¿Lo habéis visto? ¡Le está enseñando la foto de una pantera!

Todos los alumnos aguardaban con expectación. No hacía mucho que Noemi se había transformado por primera vez... ¿Tal vez, provocada por esa foto, volvería a convertirse en un felino salvaje y a chapotear y bufar en el agua?

Por fortuna no pasó nada. De hecho, a Noemi ni tan siquiera le crecieron bigotes en la cara ni las manos se le cubrieron de esa pelusilla negra tan característica. Fingiendo interés, miró la foto del móvil de Ella.

—Se parece a mí, sí. ¿Y qué?

Molesta, Ella le acercó el móvil a Noemi hasta casi rozarle la nariz.

—Mira bien, estúpida...

—¡Ya basta! —La señorita White le arrebató el móvil a Ella—. Y tú, Noemi, no cojas tanta comida de una vez. Y Barry, si quieres salchichas, pues te acercas y le preguntas a

nuestro cocinero si, por favor, puede hacer unas cuantas más. ¿Os queda claro?

—Sí, sí —gruñó Barry, clavando en la docente sus fríos ojos de color azul pálido.

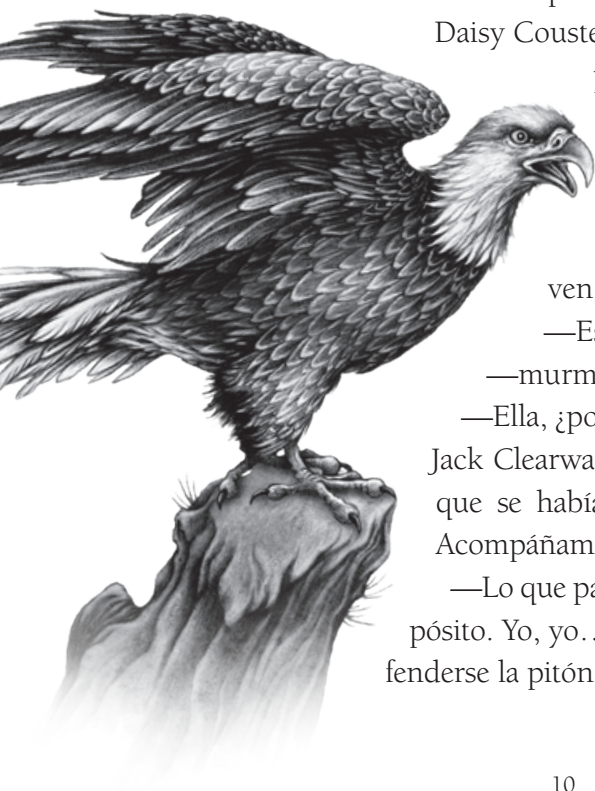
Saltaba a la vista que Toco estaba de su parte. Miró a Noemi amenazadoramente mientras apartaba su bandeja.

—Ya verás, felino. Te vas a enterar...

—Déjalo ya. No seas así —intervino Daisy, que se acercó en su silla de ruedas hacia donde estaban Finny y Juna. Las tres se sentaron en una mesita próxima a la ventana.

—Noemi se ha criado como animal. ¿Cómo va a saber que es de buena educación dejar algo para los demás?

—Exacto. Alguien que me comprende —afirmó Noemi mientras se servía en su plato diez tiras de beicon frito.



Daisy Cousteau era, junto a Ella, la única persona capaz de controlar la impulsividad de Toco. Incluso encolerizado como estaba, se derritió como la mantequilla cuando la joven lo sonrió.

—Está bien, está bien. Será eso

—murmuró, y se marchó.

—Ella, ¿podemos hablar? —le preguntó Jack Clearwater, nuestro querido director, que se había acercado discretamente—. Acompáñame a mi despacho, por favor.

—Lo que pasó con la foto... no fue a propósito. Yo, yo... en verdad... —trató de defenderse la pitón de inmediato.

—¿Qué foto? No sé nada de ninguna foto. Pero no, no se trata de eso. Es otra cosa... —El señor Clearwater la miró con lástima—. Debemos hablar de tu futuro aquí en la escuela.

Ella se quedó más blanca que la pared. Jasper, Shari y yo, que lo habíamos oído todo, nos miramos. En condiciones normales, nos las habríamos ingeniado para espiarlos desde detrás de la puerta, pero en esa ocasión no lo hicimos. Los miércoles a primera hora teníamos clase de Metamorfosis, y el señor García (con quien resultaba que estaba emparentado) no tenía piedad con los que llegaban tarde. Hasta a Chris, nuestro león marino metamórfico, solo se lo permitía muy de vez en cuando.

Ella no regresó al aula hasta la clase de Hidrología con la señora Pelagius. Justo cuando entró, estábamos hablando de que varias de esas sirenas gigantes extremadamente raras que los científicos habían bautizado como *Siren reticulata* acababan de desaparecer repentinamente de su hábitat. Al parecer, se sospechaba que las habían vendido a coleccionistas. Consternados por la noticia, observábamos la imagen de una criatura palpitante de color marrón oscuro, una especie de salamandra colosal sin patas.

—¡Guau! Parece una anguila leopardo —soltó Jasper—. ¿Muerden?

—Pero, tío. Si tú estás blindado y eres prácticamente a prueba de balas. ¿No te has dado cuenta? —vociferó Ralph, y puso los ojos en blanco—. ¿Y se sabe ya si son los traficantes de animales quienes están detrás de lo sucedido con esas sirenas?

«No, es una sospecha. Se piensa que puede haber sido así porque los coleccionistas son capaces de pagar miles de dólares por hacerse con nuevas especies —explicó la señora Pelagius—. Y porque, lamentablemente, se había filtrado el lugar exacto en que los investigadores descubrieron esas sirenas gigantes. Poco

después, los guardabosques denunciaron haber visto a varias personas sospechosas en la zona».

Esos traficantes de animales me parecieron unos seres repugnantes.

—¿Y si la sirena gigante llega a extinguirse solo porque un tipejo desalmado se empeñó en tenerla en su acuario para presumir de ella?

La señora Pelagius sacudió su cabeza de tortuga de arriba abajo:

«Sí, claro. Eso podría suceder. Al parecer, la única hembra descubierta hasta ahora ha sido capturada. Veréis, todo esto tiene que ver con lo que yo realmente quería contaros. Es decir, me gustaría hablaros de cómo me hice este rasguño en la parte trasera izquierda de mi caparazón...».

En esas estábamos cuando la puerta se abrió de par en par y entró Ella. Se dirigió hacia su asiento apretando su tableta con fuerza y con mirada de desesperación. Se la veía tan triste que me dio pena, y eso que no me caía nada bien. La señora Pelagius estaba tan metida en su discurso sobre cómo los ecologistas habían intentado marcar a sus tortugas y qué sentido tenían semejantes acciones que tuvimos que esperar hasta el recreo para conocer todas las novedades. Sin duda, Ella estaba hundiéndose, tanto que ni tan siquiera le importó meterse en la pequeña laguna y empezar a contar a voz en grito lo que le había sucedido. Le daba igual quién la escuchara.

—¡Mi madre quiere que cambie de colegio ya mismo por vuestra culpa! ¡Porque habéis conseguido que su asistente Patrick Blennon y uno de sus espías metamórficos, ese hombre conejo, hayan sido arrestados e interrogados por el Consejo! —bramó Ella—. Está tan furiosa que quería que vinieran a

recogerme hoy mismo... , pero la he convencido para que me dejara quedarme al menos unos días más. Y, no sé, ha dicho algo que no acabo de entender, algo así como que después de eso ya no tendría ningún sentido volver por aquí.

—¿Y qué quiere decir? —intervine, preocupado.

Todos sabíamos de sobra que Lydia Lennox nos tenía entre ceja y ceja, y a mí sobre todo, porque constantemente le chafábamos todos sus macabros planes. ¿Estaría ideando algo para hacernos daño?

Ella pareció vacilar. Shari miró a nuestra compañera de clase directamente a los ojos.

—Ella, por favor. Te lo suplico. Si sabes algo, ¡tienes que decírnoslo!

—No sé... Por cómo lo dijo... sonaba como si esta escuela... como si fuera a dejar de existir —susurró Ella.

—¡Tonterías! —exclamó Noah con vehemencia—. ¿Qué va a hacernos esa mujer? Si se le ocurre atacarnos, la señorita White, Tiago y todos los demás nos encargaremos de enseñarle quién manda aquí. A fin de cuentas, no olvidéis que ya la derrotamos en los Everglades y que también conseguimos ahuyentar a sus matones...

Aun así, yo no estaba tan seguro, y hasta Shari, que solía ser muy optimista, parecía de lo más inquieta. Tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que mi chica delfín había estado presente en la violenta batalla en la bahía de Florida que casi le cuesta la vida al mismísimo Farryn García y a muchos otros delfines salvajes. Una batalla, dicho sea de paso, que la propia Lydia Lennox había provocado porque nosotros no habíamos acatado sus órdenes... Así que... si ahora nuestra archienemiga tenía nuevos planes, sin duda, la situación podría volverse peligrosa.